

EL MAQUINISTA

Todas las mañanas Mario se queda embelesado al ver la locomotora de vapor que, con su humeante silbido, circula por la plataforma superior del muelle-embarcadero del Tinto. Las ennegrecidas vagonetas parecen un gigantesco gusano renqueante, ávido de descargar su pesada carga en el puerto de Huelva.

—Ya traen los ingleses el cobre de las minas —le dice su abuelo lanzando el sedal a la ría.

—¿Por qué hacen eso? —pregunta el niño sin dejar de contemplar la magnífica estructura de hierro del desembarcadero y a la Mogul.

Don Alberto ha sido maestro y ahora que está jubilado le complace estar con su nieto y saciar su curiosidad.

—Ellos llevan el metal a Inglaterra en esos enormes barcos y luego lo venden a otros países.

—Deben de ser muy ricos, ¿verdad?

Don Alberto ríe.

—Sí, hijo, así es.

Los graznidos de las gaviotas, que sobrevuelan la bóveda celeste, se confunden con el traqueteo del tren minero cuando éste inicia la marcha para abandonar el muelle. En ese instante, los rayos del sol se reflejan en la cabina del maquinista y en las cristalinas aguas del Odiel. Mario le saluda desde la orilla y el hombre le corresponde de igual forma.

—¡Me ha visto! —exclama entusiasmado.

—Sí, Mario, te ha saludado —manifiesta el antiguo profesor con una sonrisa en sus labios.